

# Una vez más

Clara Lucía Pérez Arroyave



# Índice

Uno.....	7
Dos .....	11
Tres .....	15
Cuatro .....	17
Cinco .....	21
Seis .....	25
Siete .....	27
Ocho.....	31
Nueve .....	35
Diez .....	39
Once.....	41
Doce .....	43
Trece.....	45
Catorce.....	49
Quince.....	53
Dieciséis.....	57
Diecisiete .....	61
Dieciocho .....	67
Diecinueve .....	71
Veinte.....	75
Veintiuno.....	79
Veintidós.....	83
Veintitrés .....	85
Veinticuatro.....	89
Veinticinco.....	93
Último.....	95

## Uno

Todo comenzó cuando tenía dieciocho años. Yo salía con Mateo Herrera y era feliz. 7

Un viernes nos invitaron a una fiesta en la casa de Esteban, el chico del gimnasio con quien soñábamos todas las chicas. Me bañé, me perfumé y me puse un vestido azul, ancho en la cadera, que escondía mis muslos. Debido a la celulitis que heredé de mi mamá, siempre exploraba más posibilidades. Deseaba que las miradas se posaran en otras partes de mi cuerpo. Me gusta mi pecho, pues es firme y atractivo, y con el vestido azul que me había comprado mi papá ese fin de semana dejé al descubierto el cuello. Mateo ya me lo había dicho muchas veces: «Así me gustás más, te ves linda». Le gustaba acariciar mi cuello y mi cabello, y de paso mirar mi escote. Y a mí me gustaba ponerme ropa nueva y estar bonita para él. Me liberaba del estrés diario causado por el inicio de mis estudios de abogacía: Introducción al Derecho, Derecho Constitucional I, Economía Política, Metodología de la Investigación...

Me había graduado del colegio el año pasado, y en ese momento, en la universidad me presionaban con los pri-

meros exámenes. Pero con Mateo las cosas eran más divertidas, menos serias: nos contábamos historias por teléfono y paseábamos por la calle, nos reíamos y también nos dábamos muchos besos. «Te quiero más mía», me decía. Le contaba de mis muslos y le repetía que no me gustaban, que no deseaba que él los viera. «Para eso estás toda vos, me importás más vos entera que tus muslos solitos».

8 La noche del vestido azul, Mateo y yo fuimos a donde Esteban. En su casa había gente por todas partes, muchos desconocidos. Un fuerte olor se sentía desde la entrada. Un olor que no me dejaba ni pensar ni respirar el aire. Después de unos minutos de sentirme asfixiada, le pregunté a Mateo: «¿Qué es eso, a qué huele?». Él me dijo: «Figurate, Ana... huele a lo que Esteban carga en sus bolsillos en unas bolsitas plásticas».

No entendí la respuesta de Mateo. Insistí y le volví a preguntar y me dijo: «Una hierbita que siempre anda ofreciendo. ¿Acaso no te habías dado cuenta de sus ventas a escondidas? Todas las personas del gimnasio saben de sus actividades». Respiré profundo. No podía creer el comportamiento de Esteban, ese joven que por fuera lucía perfecto: piel color caramelo, músculos tonificados, ojos grandes y claros, dientes blancos y rectos, ropa y zapatos de marca, muchas mujeres a su alrededor...

Por esa razón decidí unirme a unas chicas con quienes había estudiado y nos pusimos a hablar sobre los profesores del último curso, así como de la fiesta de grado. Sin embargo, no podía dejar de mirarles los muslos: sus faldas cortas dejaban verlos, trazados como por un artista.

Mientras hablábamos, también miraba todo alrededor: estiraba el cuello y daba una vuelta de trescientos sesenta grados con mi cuerpo. Veía a la gente bailar, las botellas brillaban con las luces, todo se movía, aunque yo permanecía anclada en el mismo sitio. La noche no iba a ser lenta para nadie, pero yo la sentía lejana, como si corriera fuera de mí. Una nube de líquidos y de humo a los cuales yo no estaba acostumbrada se paseaba delante de mi vista. Solo había asistido a unas cuantas fiestas a mis quince años. Me sentía, pues, en la sala de un teatro, como si estuviera viendo una película en baja resolución: el ambiente estaba cargado de oscuridad, de destellos de luces fuertes y de tinieblas que se sucedían unas tras otras.

Al cabo de dos o tres horas, me estaba cansando ya de ese ir y venir de Esteban, de su insistencia y de la de sus amigos, quienes no me dejaban en paz: «Probá... no te hagás la mañosa, vos ni Mateo», decían. «¿Mañosa, yo?», pensaba. Y ¿Mateo? Mateo no se parecía en nada a ellos. En mi caso, solo me esforzaba por adaptarme a un ambiente incomprensible, lleno de humo de cigarros y del frío del principio de año. Con respecto a Mateo, a él se le veía contento charlando con sus amigos. No necesitaba lo que ofrecía Esteban.

Todo en derredor se convertía en vaho que se adhería a las ventanas y resbalaba como rocío. Además, el espacio era escaso y me era difícil ir hasta donde se encontraba Mateo para decirle que nos fuéramos rápido. Todos los muebles habían sido arrinconados para abrir espacio. Los sillones se encontraban en el corredor y el corredor era

atravesado por un tapete enrollado. La porcelana había sido puesta encima de una mesa y todas las demás mesas estaban arrinconadas en otra esquina.

Y yo... yo también me sentía arrinconada. Decidí ir por una cerveza.

## Dos

«La cerveza es el licor de los jóvenes». Recuerdo las palabras de mi madre.

11

Esa noche, en casa de Esteban, bebí muchas cervezas, y en la medida en que bebía también conversaba con mis amigas y con Mateo, quien se me acercaba a ratos. También hablé mucho con Juana, con quien estudié todos los años del colegio y con quien me gradué. Hablamos sobre el olor de esa casa, de nuestro aburrimiento y de los deseos de escapar de allí.

Juana es la hermana que no tuve. Siempre supo de mis dudas, porque se las confiaba acostada en mi cama o en la suya. Casi ponía mi cara contra sus pies y ella la suya contra los míos. Entonces, buscábamos la manera de decírnoslo todo, casi todo lo que acontecía: de los trece a los catorce, de los catorce a los quince, a los dieciséis, a los diecisiete... Le confesé cuando, a mis catorce años, un chico del barrio me gustaba, y cuando me tomó de la mano, y cuando nos dimos el primer beso... Hablamos de eso muchas veces en su cama y en la mía.

Además, nos escribíamos muchas notitas en papeles de colores, en las que nos decíamos cuánto nos queríamos y lo especial que era nuestra amistad, esa que suele forjarse entre dos chicas de la misma edad que se quieren y que tienen mucho en común. Ella me contaba cómo vivía, me hablaba sobre sus papás, de sus intereses, de sus clases de pintura, de los conciertos de la orquesta, de la forma correcta de preparar *sushi*.

12 Yo pensaba que aquella, la suya, era una vida muy en-cumbrada, solemne y buena, casi perfecta. Tenía un deseo inmenso de parecerme a ella. La veía feliz. Y yo, ¿de qué vivía? A mis dieciocho años vivía de Mateo Herrera, de nuestro amor, y de nada ni de nadie más. Él era dos años mayor que yo, pero parecía de veinticinco, por su forma de hablar y de preverlo todo.

Mateo estudiaba Ingeniería Eléctrica, iba por la mitad de la carrera y había obtenido becas de honor. Era muy cariñoso y especial conmigo. Era para mí como un papá. Hablábamos de nuestros planes para cuando nos graduáramos de la universidad, de los viajes que deseábamos emprender juntos y hasta de si queríamos o no tener hijos.

Esa noche en casa de Esteban, Mateo miraba mi vestido azul y le guiñaba a Juana. Después pasaba junto a nosotras, tocaba mis hombros y le daba una palmadita en la espalda a Juana agradeciéndole por ser mi amiga, por aconsejarme y por estar pendiente de mis necesidades. Y él... él era tan detallista que a los minutos volvía, me daba otro beso en la espalda y me hablaba de su amor por mí.



Entonces, lo veía alejarse de nosotras en medio del humo fantasmal... mi espalda, también la llevaba algo descubierta ese día. Soy morena trigueña y tengo ojos verdes, como los de mi padre, quien es guapo, tan guapo como veía a Mateo. Por eso me gustaba Mateo: se parecía más a mi papá. Mi tono de piel contrasta con mi maquillaje, este es suave para que también haga juego con mi cabello ondulado. Me aplico rubor en las mejillas y algo de brillo en los labios. Me gustaba besar los labios de Mateo y que él me besara. Era algo nuevo en mi vida y me sentía bien al vivir esos instantes.

13

En esos momentos, los minutos se volvían segundos, el tiempo se iba rápido y parecía que las leyes de la física que nos habían enseñado en el colegio podían desaparecer. A mi papá y a mi mamá, en cambio, nunca los vi abrazarse, decirse palabras lindas o ser cariñosos. Quién sabe de dónde aprendí eso, tal vez de las telenovelas o de la necesidad natural de cariño, un deseo de caricias que lleguen al corazón, a los muslos y a todo el cuerpo...

Mis muslos... nunca los he querido. Como a mis padres, quienes nunca se quisieron. Tal vez después de mi nacimiento se olvidaron del amor. A Mateo y a mí sí nos gustaba decirnos cosas lindas, darnos regalitos, escribirnos cartas y acariciarnos. Mi papá se dio cuenta y por eso me dijo un día: «Ana, hija, tomá precauciones, te estás haciendo mayorcita, yo no quiero tenerte embarazada tan joven».

Esa noche, sí, esa misma noche, Mateo y yo nos besamos y hablamos de cosas, y yo le dije: «Cuidémonos, no quiero estropearme la vida en este momento; quiero ser

una abogada importante, solo deseo pasar buenos momentos con vos y sentirme bien...». Pero esa noche, en la casa de Esteban, con tanta insistencia por parte de Mateo, decidí hacer otra cosa.

Decidí beber mucha cerveza. Hasta olvidar quién era.